

Él y él: la convivencia y los sentimientos en la prostitución masculina en la ciudad de México

He and He: Cohabitation and Feelings Involving Male Prostitution in Mexico City

RESUMEN

En una sociedad homofóbica como la mexicana, al hablar de prostitución masculina en cuya actividad intervienen personas del mismo sexo, indefectiblemente se lo asocia con la homosexualidad. Esta representación arbitraria da cuenta de la estrecha perspectiva hacia la diversidad sexual que opera en este tipo de comercio sexual. En la dinámica de la prostitución masculina en la Ciudad de México, eventualmente se llegan a conformar parejas homoeróticas entre el cliente y el prostituto para en mutuo acuerdo vivir juntos por cortas o largas temporadas. El objetivo del presente trabajo es analizar la forma de convivencia vía prostitución, considerando la función y el significado que tienen los sentimientos en esta forma de vivir la prostitución masculina, poniendo hincapié en la pareja conformada por el cliente asumido homosexual y el prostituto varonil conocido como “*mayate*”.

Palabras clave: migración, prostitución, sexualidad, sentimientos, indígenas, México.

ABSTRACT

In a homophobic society like Mexico's, speaking about male prostitution, involving people of the same sex, is inevitably associated with homosexuality. This is an arbitrary representation of the sexual diversity operating in this type of commercial sex. Within the dynamics of male prostitution in Mexico City, involving clandestine activity, ignored and stigmatized, they will eventually come to form homoerotic couples between client and prostitute, mutually agreeing to live together for short or long periods of time. The aim of this paper is to analyze how cohabitation via prostitution takes place, considering the function and significance of feelings in this way of experiencing male prostitution, highlighting the couple made up of the client assumed homosexual and the male prostitute known as the “*mayate*”.

Key words: migration, prostitution, sexuality, feelings, Indians, Mexico.

115

*Investigador independiente, México, D.F., patriciovillalva@yahoo.com

Recibido: 3 de mayo de 2012/ Aceptado: 20 de junio de 2012

En la diversidad de formas en que se manifiesta la prostitución masculina en la Ciudad de México,¹ que va desde la prostitución callejera a la de niveles altos en zonas exclusivas de la ciudad, existe un tipo de prostituto que mantiene relaciones sexuales exclusivamente con hombres de orientación homosexual—eventualmente con mujeres, sea por dinero o no—, y que en la relación sexual asume el rol activo en el coito; es decir, su conducta sexual se identifica con el estereotipo masculino: el que penetra. Este tipo de prostituto es conocido como *mayate*.² El término tendría el significado de “oculto”, “clandestino”, tal como son los escarabajos o “mayates”, dentro de la realidad zoológica en que se desenvuelven (Gomezjara, 1991: 97).

Este tipo de personas no se asumen homosexuales, bisexuales y, lo que es más, ni siquiera se reconocen como prostitutas,³ por lo que en todo momento hacen manifiesta su masculinidad y se jactan de su heterosexualidad, característica que consideran una ventaja que aumenta la demanda por parte de los clientes, que centran su preferencia en jóvenes viriles que penetran. En un estudio realizado en Hermosillo, Sonora, sobre las relaciones sexuales entre varones, Núñez (2000: 209) señala que de la diversidad de personajes que compone la “gente de ambiente” se encuentra el *mayate*, que no se considera y no es considerado como homosexual, más bien se lo identifica como “un vividor”, quien intercambia favores sexuales o compañía a cambio de dinero, cerveza, etcétera.

116 Es interesante anotar que para incrementar su imagen varonil, estos jóvenes prostitutas se valen de una serie de recursos, como emular a los militares, tanto en las actitudes como el corte de cabello y la vestimenta, a sabiendas de que los clientes tienen especial preferencia por ellos. Incluso, para dar peso a sus argumentos, han aprendido a relatar, con lujo de detalles, pasajes de su “supuesta vida militar”. En el imaginario del cliente los militares por su actividad física están provistos de una mayor virilidad y, por lo tanto, sexual.⁴

¹ El presente artículo es parte de una exhaustiva investigación realizada por más de una década sobre prostitución masculina de jóvenes indígenas migrantes en la Ciudad de México. Para la versión completa véase Villalva (2007).

² Sin embargo, ampliando la definición, algunos prostitutas han referido que esta denominación se deriva de la costumbre que estos insectos tienen de “jugar” con los excrementos de otros animales, haciendo alusión al coito anal. Cabe anotar que dentro de la jerga del “ambiente”, algunos prostitutas suelen decir que trabajan “dando juego” a los hombres.

³ He preferido usar el término de prostituto para referirme a estos jóvenes dedicados al comercio sexual, toda vez que el término sexoservidor (utilizado por varios autores) tiene implicaciones reivindicadoras de corte organizativo, que es algo que precisamente no caracteriza a estos casos.

⁴ Un reportaje especial comenta que en los límites del DF y Naucalpan en el Estado de México, el Campo Militar 1-A constituye el centro de prostitución masculina militar, donde decenas de militares aguardan a

Córdova (2003: 149), en un estudio sobre sexoservidores en la ciudad de Xalapa, Veracruz, refiere que a más del *mayate* existe una variante llamada *chacal*, que son prostitutas cuyo aspecto físico se destaca por ser muy musculoso y que presentan una actitud agresiva y ruda, que además pertenecen a las colonias populares cercanas al centro de la ciudad. Sin embargo, aun cuando dice que son jóvenes migrantes, no especifica si se trata de indígenas.

En otros contextos culturales también existe esta categoría de prostituto. En la exhaustiva clasificación que Perlongher (1999: 21) hace sobre la prostitución masculina en San Pablo, Brasil, destaca al *miché*, el prostituto viril, que es “un varón que sin desistir del prototipo masculino, ni necesariamente prostituirse se relaciona sexualmente con ‘locas’”. Asimismo, Cáceres (2003: 125, 127) hace referencia a los *fletes*, como jóvenes varones que frecuentan algunos parques, calles y otros espacios de Lima, Perú, a fin de vender sexo. Con respecto a su identidad masculina, ser un hombre no está en conflicto por tener sexo con otros hombres, en tanto que preserven los “roles masculinos” adecuados. Estos jóvenes autoidentificados como hombres manifiestan que al participar en el “fleteo” lo hacen sólo por interés material, por lo que no hay necesidad de involucrarse en el ambiente gay, sino sólo aprovecharse de éste. Como hemos visto, en los diferentes contextos culturales se da cuenta de un tipo de prostituto que aun teniendo contactos sexuales con personas de su mismo sexo, mantiene la imagen social de hombre, altamente valorizada en el modelo tradicional de masculinidad imperante.

En el caso de México, los *mayates*, en gran parte, si no la mayoría, son jóvenes indígenas migrantes oriundos de diversos estados de la República, principalmente de los estados centrales como el Estado de México, Guerrero, Hidalgo, Oaxaca, Puebla y Veracruz, con un nivel socioeconómico y educativo bajos, cuyas edades oscilan entre los 14 y 24 años. Muchos de estos jóvenes indígenas llegaron en solitario a la capital, sin redes sociales en que apoyarse para encontrar trabajo y un sitio donde hospedarse. En estas condiciones de desventaja y con pocas posibilidades de encontrar empleos formales, se vieron orillados a optar por la prostitución como un medio viable para sobrevivir en la ciudad.

117

clientes que llegan en sus automóviles para llevarlos a un hotel por unos pesos. Este autor señala que en este mundo de prostitución existen dos categorías para “los cotizados miembros de las fuerzas de seguridad y, en específico, los militares. Un *chacal* es alguien moreno, fornido, de bigote y rudo; ‘un bruto’... Aunque es frecuente que no resulte tan macho ni tan rudo... que lleve adentro ‘una loca furiosa’, en cuyo caso se le llama ‘chacalón’”. Lara (2005: 37).

Con respecto a la metodología empleada en el presente estudio, por la naturaleza clandestina y estigmatizada de este tipo de trabajo y por la efímera presencia de los prostitutos en el universo en que se desenvuelven, la obtención de información conllevó un largo período de trabajo de campo caracterizado por una especial predisposición psicológica y mucha paciencia por parte del investigador. La información se pudo conseguir sólo a través de entablar relaciones de amistad con ellos, que es lo que finalmente posibilitó el acercamiento. Por ello considero que la dimensión afectiva, a través de la amistad, abre nuevas posibilidades de aproximación y que hoy lo planteo como una propuesta metodológica para futuros estudios de esta índole.

En el proceso de inserción en la ciudad, los jóvenes indígenas para evitar ser discriminados ocultan su origen étnico, refiriendo provenir de lugares más cosmopolitas y hasta cambian sus nombres de pila de claro origen rural por otros más “citadinos”. Sin embargo, con la experiencia adquirida como prostitutos, aprendieron a echar mano de sus características físicas indígenas para asegurar e incrementar la demanda por parte de los clientes, quienes se guían por el mito de que el indígena es más viril, más potente sexualmente, más macho, e incluso exótico. Es necesario aclarar que en este grupo también existen jóvenes no indígenas que se dedican a la prostitución, y aun cuando en su dinámica comparten las mismas características con el resto de prostitutos, difieren por las condiciones especiales, arriba anotadas, en que se encuentran los jóvenes indígenas.

118 La inserción en la prostitución masculina, con respecto a su contraparte femenina, difiere en algunos aspectos. Acharya (2009: 111) reporta que el reclutamiento de mujeres para la prostitución en la Ciudad de México se caracteriza porque en la mayoría de los casos son engañadas por parte de los traficantes, con ofrecimientos que van desde empleos muy bien remunerados hasta la posibilidad de acceder a carreras de modelaje o cinematográficas. De esta manera, enganchadas con falsas promesas, son llevadas a burdeles obligándolas a prostituirse. Si bien el reclutamiento de los jóvenes indígenas para la prostitución no tiene el carácter de tráfico de personas como sucede con las mujeres, las condiciones en las que se dan comparten ciertas características. Al principio los clientes engañan a los jóvenes ofreciéndoles falsos trabajos, invitándoles a comer o beber hasta finalmente cooptarlos. Este es uno de los casos:

Salí de mi casa al DF sin conocer a nadie y, este, llegué en la Alameda y no sabía ni qué onda, me invita un señor a comer, luego de ahí me dice ¿no te quieres ganar un

dinerito?, le dije sí, qué hay que hacer, no vamos a hacer nada, nada más acostarte conmigo, y sí, ya fue normal, acostarnos hasta ahí, me dio 200 pesos, de ahí a los 15 días nos volvimos a ver en la misma parte donde me encontró, me dijo vamos de vuelta, te hago el sexo oral, hasta ahí otra vez, tuvimos una amistad larga, que me dio todo, me dio cuarto, vestimenta, me daba para comer. Era un licenciado de 35 años, tiene esposa, hacíamos en los hoteles, al poco tiempo me compró un celular para estar en contacto, me hablaba cuando quería, nos veíamos en el metro Tacuba para ir a los hoteles. Lo hacía por necesidad, no me pasa (gustar), es que no encontraba trabajo porque no sabía hablar bien el español, esa vez me sentí obligado, no lo disfruté, tenía 15 años, me sentía mal porque no es de mi onda, después ya seguí porque es la manera más fácil de ganar dinero, empezaba a ir a la Alameda, me hablaban, me decían qué andaba haciendo, no pues nada, simplemente vine a dar la vuelta y ya me levantaban, ya me ponían un precio (nahua, 22 años).

Una vez enganchados en la prostitución, muchos de ellos dedican tiempo completo a esta actividad, a diferencia de otros que lo hacen sólo los fines de semana alternando con otro tipo de trabajos como la albañilería o el comercio informal. El territorio operativo, en el que generalmente actúan solos –no se han detectado grupos organizados, como sucede con las prostitutas–, se circunscribe a diversos lugares del Centro Histórico de la ciudad, de manera especial el parque de la Alameda Central y zonas aledañas como la plaza Garibaldi, y algunas estaciones del metro circundantes como Hidalgo y Bellas Artes. Para encontrar clientes, suelen deambular por estos lugares o se sientan en las bancas de los parques. Se ha podido ver que no hay control territorial, por lo que se mueven con relativa tranquilidad, a no ser cuando hay vigilancia policial o cuando surgen conflictos con otros prostitutos por causas estrictamente personales. En cuanto al ejercicio de la actividad sexual, se lleva a cabo en casas domiciliarias, hoteles y baños públicos.

Bajo esta dinámica, cuando se desarrolla la amistad entre el cliente y el prostituto se ponen de acuerdo para vivir juntos, con el tácito compromiso de recibir apoyo económico o algún bien material a cambio de compañía y gratificación sexual. Sin embargo, en la mayoría de los casos el joven indígena recién llegado, ante la incertidumbre de encontrar un trabajo estable o un lugar fijo donde quedarse, desde la primera experiencia decide aceptar la propuesta del cliente de vivir con él.

La convivencia vía prostitución

En la pareja homoerótica conformada por el cliente y el *mayate* que han decidido vivir juntos, considerando que uno de ellos lleva la identidad de varón, se mantiene la oposición entre lo masculino y lo femenino, dándose una polarización entre el prostituto, masculino, “activo” y el cliente, femenino, “pasivo”. El cliente homosexual se feminiza porque su objeto de deseo es otro hombre. En esta relación, sostiene Castañeda (2000: 195), no necesariamente se habla de amor, ni se prometen fidelidad, ni piensan en ser monógamos, ni planean una vida en común, pues sus reglas de juego son muy distintas del modelo heterosexual y también del homosexual propiamente dicho, ya que el parámetro de la pareja heterosexual tradicional se caracteriza por un compromiso a largo plazo y una condición de monogamia. En cambio, en la pareja homosexual masculina se intenta forjar una comunicación más íntima y una relación más igualitaria, a fin de romper las barreras entre los sexos: no dependen tanto de los estereotipos masculino y femenino. Sin embargo, también surgen algunos problemas, como la falta de comunicación, la falta de compromiso y la pluralidad sexual (Castañeda, 2000: 196-197).

120 Vemos entonces que las relaciones de pareja que llegan a constituir el cliente y el prostituto están enmarcadas en un esquema de machismo tradicional, entendido como la diferenciación entre los sexos, donde los hombres no sólo son distintos a las mujeres sino que son lo opuesto. Se está hablando de una pareja que aunque está conformada por dos individuos del mismo sexo, reproduce el patrón de la pareja heterosexual tradicional, con los roles de hombre y mujer y, en consecuencia, se da una lucha por el poder, en la cual los hombres están por encima de las mujeres. Con respecto a lo que representa ser un hombre y una mujer en el esquema de géneros tradicional, éstas son algunas de las apreciaciones de los jóvenes prostitutos:

Un hombre significa que es fuerte, tiene testículos, es inteligente, tengo que aguantar los golpes, no llorar, ser fuerte, tener muchos huevos y tener muchas novias. Un hombre tiene que ser fuerte, alto, tener músculos, ser guapo. Yo sigo los consejos de cómo ser un hombre que me enseñó mi papá (nahua, 19 años).

La mujer es noble, sencilla, este, tienen menos fuerza que un hombre, habla más con dulzura, se preocupa por su figura, es la que hace la comida, la que lava la ropa y los trastes. El hombre es el que trabaja duro para los hijos y la esposa, el que tiene más responsabilidad en la casa y en el trabajo (zapoteco, 18 años).

De manera que si estos jóvenes prostitutos proyectan y reproducen el sistema de géneros tradicional, el poder que detentan sobre las mujeres es aplicado también a los clientes feminizados. Sin embargo, los roles se dan a la inversa. El cliente feminizado es el que mantiene “la casa” proveyendo de todos los bienes necesarios, en tanto que el prostituto es el que “lleva los pantalones”, tanto en la cotidianidad del hogar como en el plano sexual. El cliente es el encargado de atender a su pareja: le prepara la comida, le lava la ropa, y le da dinero, a cambio de compañía y gratificación sexual. El prostituto, en cambio, se limita a recibir los favores monetarios.

Podemos ver, además, que en este tipo de parejas no se da una vinculación recíproca. Más bien es una relación dependiente en la que el cliente, al no conseguir del prostituto el amor deseado, emplea todo tipo de medios, de manera específica a través de gratificación monetaria, para mantener a su lado a su acompañante. Castilla del Pino (2000: 206) señala que “en una relación dependiente, en la que el sujeto no gana nada, al sentirse inseguro ante la posibilidad de la pérdida, trata de mantener la vinculación por otros medios distintos al sentimiento: la compra, el chantaje, el victimismo, etcétera”.

Por esta razón podemos ver que en este tipo de parejas, a diferencia de las parejas estrictamente homosexuales, no se tiene como objetivo la conformación de una relación a largo plazo ni una familia como en el modelo de pareja tradicional, por lo que el concepto de esta pareja adquiere otro significado. Se trata del compromiso tácito de recibir compañía y gratificación sexual, a cambio de dinero o bienes materiales. Núñez (2000: 235) confirma este planteamiento al decir que: “la posibilidad de compartir emociones, cariño, de ayudarse mutuamente; la certeza de la compañía, la satisfacción de necesidades de protección, son –entre otras variables- razones que los individuos tienen para vivir en pareja”.

Función y significado de los sentimientos

En el plano de los sentimientos, el cliente es más expresivo, le gusta compartir sus vivencias laborales, así como hablar sobre otros asuntos. También es más propenso a expresar el cariño hacia su compañero, aun cuando la mayoría de las veces lo haga con expresiones corporales, como son tocamientos, roces, caricias. Por su lado el prostituto es más parco en sus expresiones de afecto. Se puede advertir que el machismo juega un papel muy importante en este patrón de conductas, en las que se supone que el hombre está desprovisto de

expresiones de afectividad, por lo que, hasta cierto punto, es denigrante para el prostituto ser expresivo. Al respecto Núñez (2000: 211) acota que los *mayates* en la expresión erótica deben ser activos y no profundizar en su relación afectiva, o de preferencia no tenerla, porque pone en peligro su prestigio simbólico de heterosexual, toda vez que ellos mismos no se consideran homosexuales.

En esta misma dinámica de convivencia, la interrelación de los cuerpos conlleva ciertas restricciones con respecto a determinadas partes del cuerpo que pueden ser tocadas. Morris (1980: 204) las llama “zonas tabú”, que son aquellas zonas del cuerpo que otra persona no puede tocar, su extensión varía según la persona y la cultura a la que pertenece, la relación que exista entre el que toca y el tocado y el sitio preciso. Si alguien toca una “zona pública” como es la mano, no se plantea ningún problema, pero si intenta llegar a una “zona privada”, como los genitales, surge el conflicto, por lo que existe una escala gradual de contacto corporal.

Este planteamiento se puede aplicar en este tipo de convivencia. El joven prostituto deja claro que ciertas partes de su cuerpo no pueden ser tocadas ni en público ni en la cotidianeidad, y mucho menos durante las relaciones sexuales. Por ejemplo, en orden de importancia, la boca es una zona altamente restringida, el ano y las nalgas constituyen un verdadero tabú, porque para el prostituto dejar besarse o tocar estas partes del cuerpo significaría feminizarse; es decir, equivaldría a asumir el rol femenino.

122

Nos bañamos y ya me empieza a manosear, me agarra el pene, luego pide que se lo agarre, pues se lo agarro, siento como cosquillas, me dejo hacer todo menos que me besen y que me penetren (tlapaneco, 16 años).

Soy activo porque soy totalmente hombre, no me dejo que me penetren porque no me gusta, no me dejaría, sentiría dolor, me sentiría como una mujer un poco, hago juegos sexuales, empezar a tocarnos partes por partes, ellos me hacen sexo oral, platicamos, nada más, aparte de la penetración (chinanteco, 17 años).

Incluso, vulnerar cualquiera de estas zonas restringidas del prostituto podría provocar que la relación termine:

Me besó a la fuerza en la boca, más bien sólo me rozó los labios, yo le escupí en la cara y nunca más lo volví a ver (nahua, 21 años).

No obstante, existen casos, como el siguiente ejemplo, en el que no hay reparos en dejarse tocar indistintamente:

A mí me gusta que sean amistosos, que luego a veces me llevan a comer sin hacer nada, de mi cuerpo nunca dicen nada, no me asusta que me toquen mis pechos porque me caliento más de volada, mis orejitas me empiezo a reír, me gusta que me toquen de la cintura para abajo, que me besen de vez en cuando porque me empieza a dar vómito porque huelen a pescado viejo, les apesta mucho la boca (mazahua, 18 años).

Las dificultades de la convivencia en pareja son numerosas, las peleas son la constante, originadas por los celos del cliente y los reclamos del prostituto ante tanta presión: ¿qué horas son estas de llegar?, ¿dónde andabas?, ¿a quién fuiste a ver?, etcétera. Cuando se acuerda vivir en pareja, el cliente busca cierta estabilidad al tener a su lado un compañero sexual permanente, a tener que salir a buscar cada vez que requiera compañía.

En cambio, el prostituto no espera otra cosa que seguridad en sus ingresos monetarios, así como tener un lugar permanente donde vivir, a no tener que hospedarse en los hoteles o vivir en las calles. Los dos, cansados de una vida en solitario, se aventuran a vivir en pareja.

Se puede decir, entonces, que debido a que ambos no comparten intereses comunes no constituyen una pareja estrictamente hablando, sino que se podría hablar más bien de compañeros, un tipo alternativo de pareja. Castañeda (2000: 198) sostiene que “la primera condición para que una pareja exista es que las dos personas habiten una misma relación, y no dos versiones incompatibles de ella”. Veamos algunos ejemplos:

A veces ya no funcionamos como clientes sino como amigos, salimos a diversas partes, convivimos un poco más sin tener ninguna relación, como una atracción amorosa sin sexo (nahua, 18 años).

El chavo me dijo que vayamos a rentar juntos, vamos a las “michas” todo, acepté por ser buen amigo, me invitaba de comer, con él te desahogas, todas tus historias si le tienes confianza le puedes contar, convivir más que nada, vivimos tres meses, él trabajaba en Derechos Humanos, tenía 37 años, nos veíamos en las noches, platicamos cómo nos fue el día, qué es lo que había pasado, cada quien en su cuarto, yo lo considero como un amigo, pero es gay, tenía su pareja, yo lo conocí por parte del

ejército anteriormente, se metió en esto, estuvo en la escuela militar, me agradó su amistad (mazahua, 18 años).

Hay quienes prefieren mantenerse al margen de la convivencia:

Me han propuesto que viva con ellos, que me daban todo, que yo no trabajara, ropa, zapatos, tele, para conquistarme, sí me late pero no estoy interesado, no me gusta, me gusta la libertad, no soy dueño de nada, hago lo que yo quiero, sin que intervenga nadie, voy a donde quiera, aunque quiero salir de ese infierno donde estoy ahorita (nahua, 22 años).

Otra característica muy importante a destacar entre ellos es la diferencia de edad o clase. Este tipo de pareja por lo general la conforman un joven que es el prostituto y un hombre mucho mayor que es el cliente. Los clientes, mayores en edad en su mayoría, están conformados por personas de todo el ámbito profesional y ocupacional, mientras que los prostitutos son jóvenes migrantes que generalmente llegaron solos a la ciudad. Así, el hombre mayor desempeña el papel de “apoderado”, que le ayuda en todo, de manera especial en lo económico, incluso, en algunos casos, les dan dinero para que lo gasten con sus novias. Es un intercambio en el que el hombre mayor brinda al joven seguridad material a cambio de afecto y sexo. Como señala Castañeda (2000: 97), las expresiones emocionales, precisamente por su carácter idiosincrático, pueden ser manipuladas con mucha más facilidad y más éxito.

124

Este tipo de relación presenta, además, otros problemas. El cliente se “adueña” del joven prostituto, quiere que sea de su exclusividad, ante el temor de que en cualquier momento lo abandone –cosa que sucede muy a menudo– o pueda andar con otra persona. Por su parte, el *mayate* hábilmente manipula a su acompañante con chantajes emocionales a fin de obtener más dinero. Un cliente se expresó así: “Yo le doy todo lo que me pida, hasta para que se vaya a pasear con las viejas, porque si no le permito que haga esto, se puede volver joto”.⁵ En muchos casos, los constantes celos conducen a que el compromiso toque a su fin:

Una vez fuimos a Cuernavaca a ver a su amigo, entonces vio que él me estaba echando el paro, me estaba viendo y se enojó, mi amigo estaba pedo, me pidió las

⁵ Es una de las tantas formas de referirse a los homosexuales, con cierta carga despectiva.

llaves, me armó la bronca, yo no se las di, me quedé con su amigo un día, al otro día me regresé, tomé un camión, el señor me prestó dinero, me regresé con el señor con el que estaba, se calmó todo, después de 3 meses me salí, tenía dinero. Me decía te vas con otros, te vas a vender, me decía puta, nunca le engañé, no andaba con novias porque no conocía a nadie (mazahua, 17 años).

¿Se puede hablar de amor entre él y él?

En la dinámica de este tipo de relaciones, cuya convivencia puede ser a mediano o largo plazo, cabe preguntarse si entre ellos emergen sentimientos afectivos como el amor. Hemos de partir considerando el planteamiento de Heller (1999: 116), que considera que el ser humano, como ningún otro ser viviente, nace casi totalmente desvalido para poder sobrevivir solo. Y que en los seres vivos no solamente se presenta la necesidad de ser alimentados por parte de sus padres, sino también la de recibir el contacto afectivo, la entrega necesaria de amor capaz de permitir su formación psíquica e incluso la misma supervivencia biológica. Es sabido que algunas de las consecuencias de la privación afectiva, no serán susceptibles de recuperarse nunca, aun cuando en las siguientes etapas de la vida las condiciones sean buenas.

Los testimonios recabados dejan ver que la dimensión afectiva siempre está presente en este tipo de convivencia:

Siento con los clientes bonito porque me dan cariño, con el señor que estoy viviendo, el fin de semana me abraza, me acaricia, me dice si quieres enviarte no te envíes como te encontré antes, que te agarrabas todos los días, me da consejos y cariño, me lleva a Chapultepec, a la feria, al cine, el cariño que nunca me dio mi mamá. Con todos es igual, siento bonito, lo hago (la prostitución) por la búsqueda de cariño, ellos me abrazan acá, no como mi papá y mi mamá, si me abrazaban lo hacían con cara (mazahua, 14 años).

125

Me he enamorado de un señor de 42 años, no sé, me encariñé con él de repente, vivía solo, me quedé un año, me daba ropa, comida, calzado, dinero, él salía a trabajar, yo me quedaba a hacer la “guagua”,⁶ yo solito me preparaba la comida en un departamento (otomí, 18 años).

⁶ Se refiere a la siesta.

Es diferente con los chavos, ellos son agradables, cariñosos, me siento mejor con ellos, nunca me he enamorado, sólo he sentido cariño, amistad, porque son buena onda, amables, he recibido de ellos caricias, abrazos, me han ayudado en brindarme su amistad, me podían comprar ropa, porque ellos también se sienten solos, yo quisiera vivir con ellos y me pongo a pensar, a veces si he pensado, no lo he hecho porque me arrepiento, porque pienso que van a hablar de mí, hay una persona que me cae bien, tiene 38 años, mutuamente nos hemos visto en las partes que hemos quedado, hemos ido a la Villa, al cine, a tomar un café, lo que sea (nahua, 24 años).

Cuando cojo no siento nada, no me llama la atención, lo hago sólo por el dinero, a veces he sentido algo porque me demuestran su amistad, su cariño, me han dicho que si no quiero vivir con ellos para que me ayuden, en veces he aceptado, duro un mes o dos meses, me pongo a hacer el quehacer, lavo los trastes, cojo a veces cada semana, pienso en mujeres para que se me pare (otomí, 15 años).

Con respecto al amor, se expresan así:

126

Amor es andar con una chava, que nunca la vas a dejar, pero ella si te puede dejar por otro. Allá, en el pueblo, se casan, se hacen hijos. Tengo amor por mis padres, cuando te quieren, te quieren mucho, te dan todo lo que quieres, nunca se van a separar de mí, siento amor, que los quiero mucho, que los extraño, quiero estar con ellos. No sé muy bien aquí [en México], el amor, lo quería mucho [refiriéndose a un cliente] y él me quería, nunca me iba con nadie, después que me deja por otro chavo, a él le gustó, dice que lo hacía más chingón, más rico que yo, me sentí triste porque antes no tomaba, desde que me dejó me dedique a tomar, me acuerdo de él, pero ya no quiero regresar con él, me ha dicho, no quiero que me mienta otra vez (nahua, 20 años).

Amor, es algo fundamental que está en el alma de los seres, es enseñanza que la aprendí de mis padres. Siento amor a mis padres, a Dios que me dio la vida, este, a mis hermanos y familiares, a las personas que tengo cerca. Enamorarse es algo diferente a todos los amores, que es una emoción de querer compartir la vida con otra persona y contarle los problemas (otomí, 18 años).

Ahora, revisemos brevemente otros contextos culturales donde también se da este tipo de comercio sexual. En el caso del *miché* en Brasil, Perlongher (1999: 212-216.) señala que el asunto sentimental de la prostitución viril es

un discurso antiamoroso. Se trata de fingir un amor que no se siente para mantener los privilegios de la convivencia, por lo que no se puede pensar la relación entre amor y comercio de una manera romántica. Además, comenta que sus informantes manifestaron el rechazo al encierro al que le somete el “marica” y el temor por el hecho de que “vivir con un marica” puede acentuar las posibilidades de “contagio”, por lo que para continuar diferenciándose el *miché* debe “volverse cada vez más duro, más masculino”.⁷

En San José, Costa Rica, también se estima que la principal línea divisoria entre la homosexualidad y el *cacherismo* es el amor romántico. Los cacheros (prostitutos heterosexuales) no aman a sus clientes, no establecen relaciones emocionales con ellos. Las relaciones sexuales deben ser vistas como una transacción comercial, en la que una persona vende y otra compra. Además, una de las razones que dan para tener prácticas homosexuales con facilidad, es su iniciación heterosexual (Schifter, 1998: 102, 106). (Traducción del autor).

De manera que, considerando los testimonios expuestos anteriormente, aunado a lo que se ha revisado en otros contextos culturales, podemos advertir que las expresiones amorosas de los jóvenes prostitutos se presentan de manera ambigua en este tipo de parejas, tomando en cuenta que muchos de ellos alternan esta relación con sus novias, de quienes dicen estar enamorados. Más bien se podría decir que emergen lazos afectivos mutuos, que las emociones y sentimientos adquieren otras funciones y significados. Freud (1992: 45, 49) plantea que en la culminación máxima de una relación amorosa no subsiste interés alguno por el mundo exterior; ambos amantes se bastan a sí mismos. También señala que el amor genital tiene su carácter exclusivo, por lo que más bien se estaría hablando del amor de fin inhibido que lleva a la formación de “amistades” y que tienen valor en la cultura. En este mismo sentido Heller (1999) sostiene que el amor, que se construye también sobre la base del afecto sexual, es la antítesis misma del impulso sexual, que excluye todos los objetos de deseo, excepto uno.

Asimismo, se ha podido ver que en los diferentes contextos culturales el dinero es la principal razón por la que la mayoría de hombres heterosexuales venden sexo a otros hombres. Por ejemplo, en la India y Bangladesh se reporta que la razón predominante para los contactos homoeróticos es por tener

⁷ En la representación que los prostitutos tienen de sus clientes se advierte que los ven como “anormales”; son una categoría ambigua que no encaja en el sistema de géneros imperante, por lo que “les hacen un favor” al tener relaciones sexuales con ellos a cambio de dinero.

que conseguir dinero suficiente para el pago de la dote de la boda de sus hermanas (Khan, 1999: 203). En el caso que nos ocupa, la mayoría de entrevistados también sostienen que el factor dinero es lo que los mueve a prostituirse, por lo que arguyen no estar interesados en desarrollar relaciones emocionales con sus clientes, que para eso están las “viejas”. Muchos de ellos han iniciado su vida sexual con mujeres y, además, con ellas se encuentran vinculados sentimentalmente. Este es un ejemplo:

En el tiempo libre, me voy con mi otra pareja, pareja normal o sea una mujer, ella no sabe que yo trabajo en eso, si lo supiera no sé como lo tomaría, le digo que trabajo de mesero, vamos al cine, al parque, a las maquinitas, los video juegos, a comer, nos ponemos a platicar un rato en una banca, es otro aprecio más que nada, tenemos comprensión entre los dos, estoy enamorado, me conmueve, me gusta su relación que es muy distinta, es más amorosa, más tierna, porque hay un gusto entre los dos (nahua, 18 años).

Por último, de las investigaciones hechas en México sobre el erotismo entre varones, lo que más llama la atención a los investigadores, comenta Núñez (2000: 206), es la abundancia de contactos entre varones que no se consideran homosexuales, y la gran permisibilidad que existe para los individuos que juegan el papel activo en relaciones anales o en el sexo oral –el de penetrador. De mi propia investigación en algunos contextos culturales de la República Mexicana, se deja ver que la sola posibilidad de contactos sexuales con personas del mismo sexo está presente. Un informante manifestó: “sí, tendría relaciones homosexuales, los gustos son diferentes, es válido, pero tengo miedo al rechazo de la sociedad” (mazahua, 18 años). Esta aseveración nos remite a la constante disputa entre las prescripciones sociales, los deseos reprimidos y la escasa perspectiva hacia la diversidad de prácticas sexuales.

128

CONCLUSIONES

El material etnográfico recabado en la presente investigación nos ha permitido ver que la constitución de la pareja homoerótica –prostituto-cliente– en el comercio sexual de la Ciudad de México tiene otra connotación; es decir, no se está hablando del tipo de pareja heterosexual tradicional, ni de la pareja homosexual constituida por dos personas cuyas orientaciones sexuales son iguales. Más bien se trata de un tipo alternativo de pareja enmarcada en un

sistema de géneros tradicional, en el que cada parte acepta ciertas obligaciones y responsabilidades que conllevan determinados derechos y también conflictos.

En este mismo sentido, no se puede considerar que entre ellos se desarrolle o emerja algún tipo de sentimiento amoroso. Más que amor, se trata de fuertes lazos afectivos mutuos. Las condiciones especiales de desventaja en que se encuentran los jóvenes prostitutos, en un medio ajeno al suyo, les mueve a optar por la prostitución y eventualmente a conformar una pareja con el cliente, a fin de asegurar su sustento en este mercado muy competitivo hoy en día. El cliente que se asume como homosexual, por su parte, busca la compañía de otro hombre con la imagen de un “hombre de verdad”, que se caracteriza por ser macho, viril y fuerte.

Aun cuando los prostitutos constantemente sostienen que el motor que los mueve a vivir en pareja es simplemente obtener dinero que les permita sobrevivir en la ciudad, los datos reflejan una realidad mucho más compleja. Los sentimientos en este tipo de relaciones se presentan ambiguos. Algunos prostitutos niegan cualquier sentimiento amoroso hacia los clientes con quienes llegan a convivir, en cambio otros expresan varios tipos de sentimientos que se podrían llamar amorosos, o al menos relacionados con el amor. Asimismo, el papel del *mayate* activo, heterosexual y macho no está muy bien definido, no se apega al ideal masculino que trata de proyectar públicamente y en la convivencia con el cliente; es decir, se transita del ideal que se pretende mostrar a una gama de expresiones emotivas.

129

BIBLIOGRAFÍA

- Acharya, Arun Kumar (2009), *Una nueva forma de esclavitud humana. El tráfico de mujeres en México*, Monterrey, México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Cáceres, Carlos F. (2003), “Masculinidades negociadas: la construcción de identidades y la delimitación de espacios de posibilidad sexual en un grupo de fletes en Lima”, en Marinella Miano Borruso (Comp.), *Caminos inciertos de las masculinidades*, México: CONACULTA - INAH.
- Castañeda, Marina (2000), *La experiencia homosexual. Para comprender la homosexualidad desde dentro y desde fuera*, México: Paidós.
- Castilla del Pino, Carlos (2000), *Teoría de los sentimientos*, Barcelona: Tusquets.
- Córdova Plaza, Rosío (2003), “‘Mayates’, ‘chichifos’ y ‘chacales’: trabajo sexual masculino en la ciudad de Xalapa, Veracruz”, en Marinella Miano Borruso (Comp.), *Caminos inciertos de las masculinidades*, México: CONACULTA-INAH.
- Freud, Sigmund (1992), *El malestar en la cultura*, México: Alianza.
- Gomezjara, Francisco (1991), *Sociología de la prostitución*, México: Fontarama.
- Heller, Agnes (1999), *Teoría de los sentimientos*, México: Coyoacán.

- Khan, Shivananda (1999), "Through a window darkly: men who sell sex to men in India and Bangladesh", en Peter Aggleton (Ed.), *Men who sell sex. International perspectives on male prostitution and HIV/AIDS*, Philadelphia: Temple University Press.
- Lara Klahr, Marco (2005), "Placeres marciales", en *Proceso*, núm. 1499, 24 de julio de 2005, México: Comunicación e Información.
- Mitchell, James Clyde (1969), "The concept and use of social networks", en James Clyde Mitchell (Ed.), *Social networks in social situations*, Manchester: Manchester University Press.
- Morris, Desmond (1980), *El mono desnudo*, Barcelona: Círculo de Lectores.
- Núñez Noriega, Guillermo (2000), *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Perlongher, Néstor (1999), *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*, Argentina: Paidós.
- Schifter Jacobo (1998), *Lila's House. Male prostitution in Latin America*, New York: Harrington Park Press.
- Villalva, Patricio (2007), "Los jóvenes indígenas migrantes en la Ciudad de México: función y significado de las emociones en la forma de vivir la prostitución masculina", tesis de doctorado, México: UNAM. Instituto de Investigaciones Antropológicas.